

# La ciudad, lugar de identidad geográfica y cultural

Pérez Arriaga, Rebeca<sup>1</sup>

## Resumen

La ciudad como espacio de identidad parece perder paulatinamente sus significantes en el entorno cotidiano de la sociedad e íntimo de las personas. Se sustituye aquella morada: lugar de encuentros, estancia ciudadina donde asoma a la vuelta de un mirar la montaña y la vida del otrora campesino, por el espacio de la tecnicultura. Los cambios culturales de la sociedad nos imponen una carrera veloz en el tiempo, acrecentándose la disolución del espacio por la magnificación del tiempo en casi todos los aspectos de la vida cotidiana: carencia del contacto humano; aumento de las comunicaciones a distancia; pérdida del interés hacia la contemplación del paisaje que nos rodea; inclusión cada día más usual en los espacios virtuales; ausencia del lugar, como particularización del paisaje, lo cual genera el desapego en nuestra relación con el entorno y, por tanto, de nuestra identificación con el espacio y la cultura. En este contexto nos planteamos el abordaje, en términos geográficos, la construcción y deconstrucción de nuestra ciudad y el entorno inmediato, partiendo, fundamentalmente, de las categorías espacio-paisaje-lugar.

**Palabras clave:** paisaje, lugar, espacio, ciudad, tecnicultura

---

1 Geógrafa de la Universidad de Los Andes, ULA (1994) con Maestría en Ecología Tropical (2000, Facultad Ciencias-ULA). Alumna Regular de la Maestría en Filosofía de la Facultad de Humanidades y Educación (Cohorte 2006). Profesora Asistente, adscrita al Departamento de Geografía Humana de la Escuela de Geografía de la Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales de la ULA. Investigadora PEI 2002, 2005; PPI 2005. Correo electrónico: jamuen@gmail.com

## Abstract

### THE CITY, PLACE OF GEOGRAPHICAL AND CULTURAL IDENTITY

*The city as space of identity seems that is losing gradually its significant in the social and people intimate quotidian environment. It is substituted that dwelling: place of encounters, city stay where it appears in the turn of a sight the mountain and the life of the former peasant, through the technoculture space. The cultural changes of the society imposes us a fast race in the time, increasing the dissolution of the space because of the time magnification in almost every aspects of the quotidian life: lack of human contact; increase of communications at a distance; loss for the interest to gaze the landscape around us; the each more frequent inclusion in virtual spaces; absent of the place, as particularization of the landscape, which generates the indifference in our relationship with our environment and, therefore, of our identification with the space and the culture. In this context it is tackling, in geographical terms, the construction and deconstruction of our city and the nearest environment, since, fundamentally, the space-landscape-place categories.*

**Key words:** *landscape, place, space, city, technoculture*

## 1. Introducción

Esta reflexión es producto de la experiencia cotidiana sobre el efecto geocultural de la inserción de las TIC en nuestras sociedades, específicamente interesa el tema de las relaciones socioculturales con el espacio inmediato, es decir, con el paisaje.

La tecnocultura, símbolo de las culturas emergentes, conduce a desdibujar el paisaje como estancia de encuentro, catarsis de las relaciones humanas que se establecen en la ciudad. De esta manera se evidencia cada vez más la presencia de no lugares e incluso la reducción de nuestra propia movilidad al espacio de la casa y el trabajo.

Como lo indica Valero (2005) “las comunicaciones electrónicas trascienden al hecho noticioso, a las transacciones financieras y comerciales e inciden de manera contundente en todas las esferas y los estamentos de la sociedad... Los territorios y la funcionalidad espacial se reestructuran con la reformulación que las nuevas tecnologías de la información hacen del

tiempo, acortando las distancias, realizando interconexiones e intercambios en tiempo real, lo que ha derivado a su vez en una relación simultánea entre lo global y lo local, entre espacios de flujo y los lugares, es decir, entre las transacciones en red y las vivencias cotidianas de los seres humanos en sus ámbitos de acción, creatividad, arraigo y pertenencia, donde se entretejen rasgos culturales diversos...”

En este contexto, este trabajo se sustenta en mis percepciones y reflexiones, vistas desde dos ángulos. El primero, desde un enfoque cultural de la geografía, es decir, desde la geografía cultural entendida como la aplicación de la idea de cultura a los problemas geográficos, y también como la aplicación de las ideas geográficas a los problemas culturales (Wagner, 2002), o como lo plantean Capellà i Miterrique y Lois (2002:12) desde “...una verdadera óptica o mirada propia sobre el conjunto de las cosas, objetos y procesos sometidos a las lógicas espaciales y territoriales..., intentando entender el papel que juega el territorio, de igual forma que lo puede tener la sociedad y el individuo, en la construcción de marcos culturales”.

En este sentido, el paisaje y la cultura se nos presentan como una sola figura, una mezcolanza de retroalimentación imposible de separar. Cada paisaje nos relata su cotidianidad, nos habla de sus habitantes, de su identidad; a su vez, las poblaciones se desarrollan físicamente bajo el influjo de los sentimientos que les genera su lugar, las emociones que les impregnan sus paisajes y los secretos que encierran. Se crean y entretejen historias que se gravan en el quehacer dinámico del espacio, particularizado por la identidad propia de sus paisajes (Pérez, 2005)

A partir de esta primera consideración, surgen una serie de interrogantes en relación con el abordaje teórico de categorías fundamentales de la geografía como paisaje y lugar, a la luz de los cambios culturales, para algunos postmodernos y sobremodernistas; tema este que será tratado en un trabajo posterior.

La segunda óptica, no desligada de la primera, parte de mi percepción como ciudadana ante la insatisfacción por el desafecto social hacia el entorno, concretamente de los espacios públicos de convivencia. Se origina, entonces, la preocupación por el devenir de la ciudad.

En ese contexto, no pueden obviarse los vertiginosos cambios que la sociedad ha dado en los últimos años con la globalización, la extensión de las redes de telecomunicaciones, entre otros, dando paso a los paisajes culturales contemporáneos. Todo lo anterior despierta la necesidad por el estudio de la ciudad (Pérez, 2005) en términos de reflexionar sobre cómo la desvalorización, o tal vez “invisibilidad” ante los ojos de las nuevas culturas, hacia el paisaje urbano puede plantear una pérdida paulatina de la identidad del territorio, como espacio de arraigo geográfico y cultural, y cómo ese desapego o indiferencia hacia los lugares nos distancia de ellos, al punto de importarnos poco si desaparecen nuestros referentes histórico-culturales para dar paso a nuevas estructuras y funciones en la ciudad, que poco tiene que decir y mostrar sobre nuestra identidad.

Los planteamientos que se exponen siguen una línea metodológica etnográfica, pero bajo un cuerpo de análisis geográfico, es decir, orientados hacia una etnogeografía, campo de interés ampliamente desarrollado por autores como Paola Sereno<sup>2</sup> en Italia, y en la línea de geografía cultura francesa por Paul Clavat,<sup>3</sup> entre otros. También dentro de la geografía humanística, autores como Yi Fu Tuan<sup>4</sup> y Buttimer<sup>5</sup> han hecho importantes aportes en torno al estudio del lugar y la percepción.

Por tanto, este trabajo se circunscribe a una línea de pensamiento similar a la planteada por Andrés Rojas (1995) en su Nota Editorial de la *Revista Geográfica Venezolana*, “Tecniciudad desde un espacio poético”. En este texto Rojas señala que su trabajo asume los nuevos enfoques de la Antropología, en específico la etnología, por cuanto se plantea “cierto tipo de problemas sociales desde una óptica vivencial y

- 
- 2 Sereno, Paola (1976). *L'ecto-geografia*. La Nuova Italia Editrice, Firenze.
  - 3 Clavat, Paul (2002). El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio. En: *Boletín del la A.G.E.*, No. 34; (1999). Los fundamentos actuales de la geografía cultural. En: *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, No. 34;
  - 4 Fu Tuan, Yi (1974). *Topophilia. A study of environmental perception, attitudes, and values*. University of Minnesota, New Jersey; (1976). Geografía humanística. En: *Annals of the Association of American Geographers*, No. 66: (2).
  - 5 Buttimer, Anne and David Seaman (1880). *The human experience of space and place*. Croom Helm, London,

casuística” (Rojas, 1995:5) que aunque no permite generalizaciones, no deja de generar un conocimiento científico. Por otra parte, toca aspectos ligados a la postmodernidad y/o conceptos relacionados con lo espacial que van más allá de la misma geografía”, y que se pueden enmarcar en ese contexto teórico planteado por el autor.

## **2. La dimensión del espacio geográfico de las relaciones humanas**

En el marco de las TIC, especialmente de las comunicaciones a distancia, interesa reflexionar acerca de los cambios que se han dado en el entorno donde se realizan los encuentros personales, y explorar las repercusiones de los nuevos espacios creados por el hombre y su tecnología.

Parecen que existen, todavía, dos espacios o dimensiones espaciales que sirven de soporte al desarrollo de las interacciones humanas. Uno concreto, el *paisaje* y, otro aparentemente abstracto, el *virtual*. Este último puede incluir además del virtual propiamente dicho como *cyber espacio*, el de las telecomunicaciones, el cual es un medio que sirve de plataforma para el establecimiento de comunicaciones a gran distancia en forma instantánea, sin tener que desplazarse el usuario a través de un espacio concreto o tangible.

Otro caso concreto es Internet, incluso como una nueva cultura en la sociedad, la cual se solapa o avanza paralelamente a otras culturas que parecen tener soportes espaciales también paralelos.

En esta cultura del *cyber-espacio* surgen nuevos lenguajes comunicacionales al igual que, por ejemplo, en la telefonía móvil. Allí se desarrollan un sentido de individualismo y de abstracción del mundo concreto que rodea al hombre, lo cual parece contradictorio porque precisamente uno de los múltiples usos de Internet es la conexión con personas salvando las distancias.

Pero, en cierto modo, estas comunicaciones son despersonalizadas en el sentido que no estoy realmente en un encuentro “cuerpo a cuerpo”. Se establece una comunicación con otras personas, que pueden ser desconocidas; y esa relación se puede tornar muy personal, cotidiana y necesaria, pero hay ausencia de contacto. En ese sentido, creo que se plantea otra sociedad distinta, con unos códigos y reglas sociales disímiles a los que han prevalecido en nuestras sociedades “tradicionales”.

Puede uno preguntarse entonces, ¿cómo abordo esos nuevos espacios desde la perspectiva geográfica?, porque siendo la Geografía una ciencia que estudia las relaciones hombre-medio en el contexto del espacio, debe posar su mirar en los cambios socio-culturales y, en consecuencia, en las formas emergentes de entender las categorías de espacio y paisaje.

Cabe también la pregunta ¿qué sucede o sucederá con la relación dialéctica hombre-medio, en el momento que me alejo cada vez más de mi entorno? ¿Cómo cambia mi percepción del mundo, cuando pertenezco o desarrollo un sentido de identidad con ese espacio y cultura virtual? ¿Cómo la carencia de un entorno paisajístico afecta mis contactos con otros seres humanos? A este respecto, parto de la consideración que cuando nos encontramos con alguien en un café, en una plaza, o en la montaña, ese entorno paisajístico, sus condiciones estéticas si se quiere, marcan una cierta atmósfera que influye en ese encuentro personal.

Por el contrario, en el cyber-espacio se puede estar experimentando una situación sólo virtual porque no hay un contacto material, sensorial, al punto de recrearnos con seres y en lugares anónimos. Creando nosotros mismos identidades ficticias que flotan en la mente, en la imaginación; aunque nos puedan generar gastos reales cuando nos suscribimos en ciudades virtuales, o cuando terminamos ahogados en la adicción sin hacernos conscientes, aunque el cuerpo físico envíe las señales, como los problemas de sobrepeso y psicológicos que ya enfrentan los niños japoneses y chinos.

Ya no transitamos por los parajes cotidianos que conducen al hombre a crear su identidad en el lugar, así como su propia y particular forma cultural de ser una sociedad. Entonces, ¿cómo se plantea la sociedad el nuevo entorno de las comunicaciones? ¿Qué implicaciones tienen estas nuevas formas espaciales en la sociedad? ¿Cuál es la nueva sociedad y las formas culturales que se crean?

La comunicación se efectúa, entre otras formas, mediante el sonido de la voz; en algunos casos, cuando las circunstancias nos lo imponen, ese contacto se desarrolla a través de una línea telefónica. Un espacio abstracto en nuestra mente, ni siquiera lo pensamos, sólo escuchamos una voz, unos matices, símbolos sonoros que permiten crear en nuestra mente imágenes: un rostro, la descripción de lugares visitados, sentimientos, la lejanía del otro, la relación de ubicación de nuestro interlocutor. Nada más fuera de ello. Atrás queda el paisaje que enmarcaba los encuentros, las transacciones comerciales, hasta los lugares donde se tomaban las decisiones que en un instante pueden cambiar el mundo.

Estoy en el cyber y entro en contacto con un computador, junto a otros individuos más, separados por una pared visible o invisible; el uso de la tecnología me permite viajar por el mundo de la información... Ya quedó sepultado el explorador del siglo XIX, no importa si no hay recursos financieros para el viaje, me conecto en línea y viajo a museos y a lugares exóticos.

Abro mi Messenger y me conecto en tiempo real con mis amistades del mundo o tal vez con mi vecina, la veo a través de la pantalla y siento la calidez de su amistad, y eso basta porque en este siglo no hay tiempo para más, o es en el tiempo y espacio que mi mente construye donde no hay paréntesis para caminar y saborear los espacios urbanos, y aquellos campestres que circundan mi ciudad.

Cada día la tecnología nos lleva a ser más individuales. Desde esa perspectiva, ¿cómo concibo mi propia espacialidad? Busco alternativas, y en medio de una habitación donde se escabulle parte de la cultura oriental en occidente, sumergida en el Tai Chi percibo que no hay fronteras... todo es espacio. El espacio que percibe mi mente, esa

abstracción inexplicable; pero es el espacio íntimo fuera de la atención geográfica.

Entonces, retorno al lugar, aquel referido por Vidal de La Blache a finales del siglo XIX en la Escuela Regional Francesa. Sí, retorno al lugar que ocupó en el cyber espacio, a eso que llaman *residencia virtual* y a mi territorio personal digital, allí donde los límites entre lo público y lo privado en el mundo virtual se hacen difusos (Beslay y Punie, 2002).

Vislumbro lo que podría ser la nueva concepción de *lugar*, no imaginada en aquellos tiempos por de La Blache, “los hogares del futuro estarán cada vez más conectados y se convertirán en uno de los nodos de la sociedad interconectada. Las infraestructuras de los hogares conectados serán las denominadas redes domésticas. Éstas pueden variar desde una red de banda estrecha para todo relativo a la automatización del hogar, hasta redes de banda media para compartir datos informáticos y redes de banda ancha para la distribución de contenidos audiovisuales... aparte de la necesidad de interoperatividad de esas redes locales, también se conectarán a redes externas (Internet, telecomunicaciones fijas y móviles, TV terrestre, por cable o satélite). El enlace entre todas suele denominarse puerta residencial...” (Beslay y Punie, 2002:20).

Llegaremos, entonces, a lo que plantea Rojas (1995:7), que cada vez, muy paulatinamente, el espacio se irá disolviendo “...en una red de cables, y la noción de distancia importa menos que la de tiempo: mi territorio vital es lo que me separa de la computadora, el televisor, el teléfono, el fax y el sistema de seguridad de la puerta de mi apartamento...”

### **3. Entrando en el contexto de la ciudad**

Parece que se reduce el espacio de movilidad de los individuos en sus relaciones interpersonales, y por extensión en las relaciones sociales en general. Hago más efectivo y productivo el tiempo si en lugar de trasladarme hacia ti que vives o laboras a varios kilómetros de mí, tomo mi teléfono, disco unos dígitos y ya estoy cerca de ti. Ahora parece

que vale más el tiempo que ahorro en esta acelerada carrera hacia un futuro imaginario e impredecible que me subyuga, que el esfuerzo por llegar materialmente hasta ti y leer en tus ojos el estado de tu tiempo-espacio personal.

Pero en esta sociedad convulsionada donde mi ciudad crece en población pero no en espacio, donde no puedo desplazarme lentamente para poder mirar a mí alrededor porque podría obstruir inadecuadamente el paso a los peatones, o simplemente me falta un pedazo de acera para poder caminar rápidamente al lugar de destino porque las principales calles del centro de la ciudad están invadidas de tiendas ambulantes de ropa y comida, mi móvil o el Internet son mi salvación. Me rescatan de esa masa de sociedad, del ruido, del tráfico y puedo resolver mis transacciones, entrevistas cortas en tiempo record, sin tener que atravesar la ciudad. Es esta la realidad que nos envuelve y que parece no tener escape.

Estas situaciones me llevan a abstraerme del mundo inmediato y cotidiano. Puedo pasar días sin recorrer mi ciudad, sin cruzarla de extremo a extremo para ver a mis seres queridos porque a pesar de la distancia que nos separa, sé cuando escucho los matices de tu voz que estás sano, que me recuerdas.

Pero de pronto encuentro que mi mundo es tan mío, que me olvidé del olor de aquella casa entre las calles 15 y 16 de Mérida, que no me di cuenta en qué momento la miseria invadió mi ciudad y dejó de importarme que las personas tengan una acera de refugio; que cada día me cruzo con un mayor número de personas indigentes (adultos y niños), o en qué instante dejé de percibir el olor a la lluvia que se acerca o el brillo del follaje al atardecer.

Y esa individualidad, ese despegue de mi propio entorno lo reproducimos cuando nos vemos obligados a dejar a nuestros hijos en casa acompañados con la tele, el computador y el teléfono en mano, para verificar que está bien, ¡en casa! Porque ello es menos complicado que luchar contra el tiempo y el incipiente stress ciudadano que implica el tráfico interminable, nuevo rasgo característico de nuestra ciudad, para llevar a nuestro hijo a otros ambientes donde podrá relacionarse y

establecer relaciones sociales. Pero qué hacer cuando nuestra sociedad cada día crea nuevas exigencias, nuevas necesidades probablemente ficticias, que nos obligan a trabajar cada día más, a rendir más y más, a buscar más conocimientos científicos para ser más “desarrollados” y podernos comparar decentemente con las culturas “patrón”.

Vemos cómo antes las familias estaban estrechamente unidas, interconectadas por lazos espirituales pero también materiales a través de la tenencia, el trabajo y el amor a la tierra; mediante prácticas que se transmitían generacionalmente. Ahora no, la gente migra del campo, de una ciudad o otra en busca de posibilidades para subsistir, y parece que el vínculo más directo que nos mantiene unidos son los medios tecnológicos de comunicación a distancia.

La tecnología ha resuelto algunos problemas y funciona bien. ¿Pero significa que tenemos que dejar en el olvido nuestra propia esencia como seres naturales, unidos estrechamente a nuestros paisajes inmediatos? A esos que de alguna forma marcan la fisomía misma de una cultura, porque, ¿cómo desligo la cultura de un pueblo de su espacio geográfico, en términos de su paisaje como ámbito de arraigo? O como dice Rojas (1995), será que “¿...pasaremos del hombre natural al hombre societal (sin referencias vivenciales ni afectivas con la naturaleza)...?”

Cómo, de repente, pasa desapercibido que Mérida está rodeada de montañas; que puedo pararme desde una calle, cuando todavía no hay tanto movimiento en la ciudad, y mirar hacia la Sierra Nevada sintiendo que si camino un poco más, la misma calle me llevará ininterrumpidamente en el espacio hacia la selva nublada. Nuestra ciudad es eso, la mezcla irrefrenable de entornos naturales que parecen vestir el paisaje netamente urbano; espacios públicos que han cambiado como es natural, pero que cada día tienden más a olvidar la otra Mérida, la que nos identifica a un terruño.

No planteamos que el mundo deba ser estático, comparto las ideas de Nogué y Albert (2004:170) cuando dicen que “conservar la autenticidad de un paisaje, a la escala que sea, no significa mantenerlo intacto, fosilizado... “sino tratar de “... conservar la especificidad y originalidad de sus elementos constituyentes sin cuestionar su dinamismo.” Porque

como dicen estos autores el paisaje “representa la proyección cultural de una sociedad en un espacio determinado y es, por ello mismo, un patrimonio que debe conservarse, admitiendo que es algo dinámico y en constante evolución” (Nogué y Albert, 2004:169).

Para finalizar, debo retomar las dos aspectos que me indujeron a reflexionar sobre la ciudad y que ahora se funden en una sola inquietud que puede plantearse desde una perspectiva geográfica, pero que inevitablemente no se separa de mi propia individualidad; y está referida a una pregunta que me inquieta: ¿están o podrían estar las culturas emergentes realmente reconfigurando el sentido y valor del paisaje de acuerdo con las percepciones individuales y colectivas, así como la noción de lugar, en términos tanto geográficos como antropológicos?

Debo acotar que la noción de lugar desde las corrientes humanísticas de la geografía, lo definen como espacios concretos asociados a la experiencia particular, las sensaciones y valores de los individuos (Valcárcel, 2000); a su relación personal con el entorno, a la percepción que tiene de él según sus condiciones culturales y personales. El lugar entendido como espacio de la vivencia directa, de la experiencia como complejo de sensaciones, emociones, concepciones y pensamiento.

A este respecto Clavat (2002) indica que el espacio de los geógrafos es un dato sensible donde se yuxtaponen zonas repletas de objetos y seres, se componen de lugares y territorios a los cuales el hombre otorga su afectividad. Por su parte, cada lugar ofrece oportunidades de diálogo, de experiencias compartidas entre los que la frecuentan; estos intercambios les permiten tomar consciencia de lo que comparten y lo que los diferencia, conlleva ello a forjar los sentimientos de identidad que cimientan los grupos, creando fuertes consciencias de pertenencia y motivando gran cantidad de comportamientos individuales y colectivos.

Estos planteamientos me conducen a pensar, precisamente, en la idea de construcción/de-construcción del paisaje urbano, lo cual lleva inmediatamente a la reflexión sobre el par de opuestos arraigo/desarraigo de la ciudad.

Se construyen nuevas situaciones y ámbitos de la vida cotidiana: la relación estrecha y casi adictiva a la pantalla del televisor y el computador por ejemplo, paralelamente también se va perdiendo cada día la necesidad del contacto con los espacios públicos como sitios de encuentros, de afectos, de contemplación de la montaña desde casi cualquier parte de la ciudad de Mérida, y por qué no de los recuerdos de la niñez, o del imaginario que puede producir perder la vista en alguna de las pocas estructuras arquitectónicas - patrimonio cultural de la ciudad que nos quedan- y que en medio de su silencio nos hablan elocuentemente de la historia de Mérida, generando precisamente el sentido de arraigo e identidad con nuestro entorno inmediato de convivencia social.

Finalmente, me uno a la idea de Rojas (1995) cuando plantea que "... La ciudad es hoy un ámbito tecnológicamente condicionado, disparada en sus formas hacia el futuro, pero sus anclas están – si acaso- en un presente volátil y menos en una acumulación de historia y vida, placenta de piedra y lento devenir. No hay tiempo para el recuerdo y la historia muy poco se diferencia del hoy (Santos, 1991). La ciudad se está vaciando de referencias, todos sus componentes son sustituibles, vive la paradoja de la desterritorialización (Trinca, 1994) “.

## Bibliografía

- BESLAY, L. y PUNIE, I. (2002). La residencia virtual: Identidad, privacidad y seguridad. En: *The IPTS Report*. No. 67, pp. 18-24.
- CAPELLÀ I MITERNIQUE, H. y LOIS GONZÁLEZ, R. (2002). Geografía cultural: la gran desconocida. En: *Boletín de la A.G.E.*, No. 34, pp. 11-18.
- CLAVAT, P. (2002). El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio. En: *Boletín de la A.G.E.*, 34, pp. 21-39.
- NOGUÉ, J. y ABEL, A. (2004). Cartografía de los cambios sociales y culturales. En: Romero, J. (Coordinador). *Geografía humana*. Editorial Ariel, pp.159-202.
- PÉREZ, R. (2005). Introducción. En: Puig, Andrés y Rebeca Pérez (Compiladores). Libro Ponencias del II Foro Paisaje y Cultura. CDCHT- Universidad de Los Andes, pp. 11-15.

- ROJAS, A. (1995). Tecnicidad desde un espacio poético. Nota Editorial. En: *Revista Geográfica Venezolana*. Vol. 36 (1), pp. 5-11.
- VALCÁRCEL, J. (2000). Los horizontes de la Geografía. Editorial Ariel, España.
- VALERO, M. (2005). Paisaje de fronteras: una perspectiva venezolana. En: Puig, Andrés y Rebeca Pérez (Compiladores). Libro Ponencias del II Foro Paisaje y Cultura. CDCHT- Universidad de Los Andes, pp. 51-58.
- WAGNER, P. (2002). Cultura y Geografía: un ensayo reflexivo. En: *Boletín de la A.G.E.* No. 34, pp. 41-50